

U N O

UN DISPARATE GRANDE
Y SUBLIME



Domingo Faustino Sarmiento. *Óleo de Franklin Rawson, Chile, 1845.*

“Negador del pobre pasado y del ensangrentado presente, Sarmiento es el paradójico apóstol del porvenir. Cree, como Emerson, que en el centro del hombre está su destino; cree, como Emerson, que la evidencia de que se cumplirá ese destino es la esperanza ilógica.”

JORGE LUIS BORGES
Prólogo a *Recuerdos de Provincia*.

Una tarde de octubre de 1847, dos hombres y una mujer conversaban en la sala de una residencia de East Newton, cerca de Boston. La irrupción de un “verano indio”, en mitad del otoño, demoraba la caída de las hojas, prolongando por algunos días la cambiante variedad de matices en los follajes de Nueva Inglaterra. Uno de los hombres, alto y delgado, se expresaba en su inglés nativo; el otro, moreno y macizo, empleaba el francés, aprendido con esfuerzo y perseverancia en una desprotegida ciudad de provincia, al borde de los Andes. La mujer oficiaba de intérprete. Hablaban sobre un tema que apasionaba a los tres y en el que los dos hombres, que venían de medios tan distintos y tenían historias personales tan diferentes, encontraban múl-

tiples puntos de coincidencia: la educación como factor de progreso, como generadora de igualdad entre las personas, como vía de salvación para el individuo y la sociedad.

El que hablaba en francés, Domingo Faustino Sarmiento, era un argentino exiliado y perseguido por el gobierno de Rosas, que viajaba con una misión encomendada por el ministro de Instrucción Pública de Chile. El otro, Horace Mann, había dejado hacía años su despacho de abogado y su carrera política para dedicarse por entero a la difusión de la enseñanza y la reforma del sistema escolar. Más tarde sería llamado “padre de la educación norteamericana”. La mujer era su esposa, Mary Peabody Mann.

Terminaba el segundo y último día de la visita de Sarmiento a East Newton y el argen-



Otoño en Nueva Inglaterra. *Acuarela, Currier and Ives' America, 1866.*

tino estaba impresionado por lo que oía y, sobre todo, por lo que había visto. Transmitiría ese entusiasmo en su libro *Viajes*, donde a propósito de Horace Mann dice: “Su trabajo era inmenso y la retribución escasa, enterándola él en su ánimo con los frutos ya cosechados y el porvenir que abría a su país¹.”

En el mismo párrafo, refleja su admiración ante la importancia atribuida a la participación de mujeres en la actividad docente y la forma en que se las preparaba: “Crea-

ba allí, a su lado, un plantel de maestras de escuela que visité con su señora, y donde no sin asombro vi mujeres que pagaban una pensión para estudiar matemáticas, química, botánica y anatomía, como ramos complementarios de su educación, debiendo pagarlo cuando se colocasen en las escuelas como maestras; y como los salarios que se pagan son subidos, el negocio era seguro y lucrativo para los prestamistas.”

El hecho de que esa fuera la última vez

¹ Domingo Faustino Sarmiento, *Viajes por Europa, África y América 1845-1847 y Diario de Gastos*. Edición crítica coordinada por Javier Fernández. Buenos Aires, Colección Archivos. Fondo de Cultura Económica de Argentina, en colaboración con Ediciones UNESCO, 1993, p. 388.

que los dos hombres se vieran fue obra del destino: Horace Mann murió en 1859, seis años antes del segundo viaje de Sarmiento a los Estados Unidos. Que esos únicos dos días de conversación tuvieran una importancia decisiva para orientar el desarrollo de la educación en la Argentina fue resultado de la influencia inspiradora de Mann, la claridad de propósito y determinación inquebrantable de Sarmiento, y la entusiasta acción mediadora y promotora de Mary Peabody Mann.

EL VIAJERO DESENCANTADO

El interés y la admiración de Sarmiento por los Estados Unidos pueden rastrearse en una etapa muy anterior a su viaje. Pensamientos que más tarde iban a llevarlo a buscar en el país del Norte colaboradores para su empresa educativa los encontramos ya en los escritos y discursos de la época de su exilio en Chile. “América del Norte es nuestro modelo”, escribió en un artículo de *El Mercurio*, el 3 de junio de 1844. Antes, en *El Nacional* (24 de abril de 1841), había contrapuesto los movimientos hacia la independencia en el Norte y en el Sur: “En Norteamérica la revolución era la realización de una idea; aquí la revolución tuvo que crear esa idea; allá era el efecto, aquí la causa.” Resultaba perfectamente lógico y comprensible que en su afán de remover una herencia colonial hispánica, a la que consideraba un obstáculo para el progreso de las sociedades sudamericanas, pusiera los

ojos en esa nación joven que, apenas declarada su independencia, había sorprendido al mundo con su pujante desarrollo. Sin embargo, a pesar de este sentimiento de admiración, los Estados Unidos no figuraban en el itinerario trazado al salir de Chile. En realidad, esa etapa de su viaje fue resultado de un juego de felices coincidencias.

Había partido de Valparaíso el 28 de octubre de 1845 con destino a Europa, enviado por el ministro chileno de Justicia e Instrucción Pública, Manuel Montt, para estudiar los sistemas educativos en varios países. Luego de dos años empleados en recorrer Francia, España, el norte de África, Italia, Suiza y Alemania, llegó a Inglaterra con el propósito de embarcarse de regreso. Se sentía insatisfecho. El Viejo Mundo no le había brindado los ejemplos y las enseñanzas que esperaba encontrar. Por supuesto, en España halló la confirmación de sus juicios (y prejuicios) anteriores: atraso e incuria; una sociedad reaccionaria aislada e ignorante, de espaldas al progreso, al margen de todas las corrientes renovadoras. Pero la mayor decepción fue Francia, el país más admirado, cuyos escritores habían tenido tanta influencia sobre él. La Francia de Luis Felipe —“el rey burgués”— le había mostrado, en contraste con el refinamiento de su vida mundana, abismos de miseria y abandono. Ni siquiera Suiza y Alemania, desde donde, al influjo de Pestalozzi, se habían difundido los nuevos métodos de educación, pudieron borrar esa sensación de desencanto.

“Vengo de recorrer la Europa, de admirar sus monumentos, de prosternarme ante su ciencia, asombrado todavía de los prodigios de sus artes; pero he visto sus millones de campesinos, proletarios y artesanos viles, degradados, indignos de ser contados entre los hombres, la costra de mugre que cubre sus cuerpos, los harapos y andrajos de que visten, no revelan bastante las tinieblas de su espíritu, y en materia de política, de organización social, aquellas tinieblas alcanzan a oscurecer la mente de los sabios, de los banqueros y de los nobles.”²

Dos circunstancias fortuitas determinaron que el viaje de Sarmiento incluyera una nueva etapa no pensada hasta entonces. La primera fue que en Londres tomó conocimiento del *Informe de un viaje educacional en Alemania, Francia, Holanda y Gran Bretaña*, escrito por Horace Mann, y en ese texto encontró, luminosamente vertidas, muchas de las ideas que, de manera todavía desordenada, empezaban a tomar forma en él. Desde ese momento se hizo el propósito de establecer contacto con Horace Mann y observar con sus propios ojos el funcionamiento de la educación pública en los Estados Unidos. El obstáculo que debía salvar para llevar adelante esta nueva iniciativa era la falta de recursos, y en esto vino a ayudarlo la Providencia, en la figura de un viajero chileno, Santiago Arcos, a quien encontró casualmente en Liverpool. Interesado en la aventura de Sarmiento, Arcos le proporció-

nó los fondos para que pudiera embarcarse con él en el *Montezuma* (“un rápido velero que hubiera hecho once nudos con la más leve brisa”), con destino a Nueva York.

VISIÓN IDEALIZADA

La catarata de impresiones que se acumularon en Sarmiento durante su recorrida —¡de menos de dos meses!— por veintiún estados de la Unión y una parte del Canadá quedó reflejada en su carta a Valentín Alsina, que forma el capítulo más entusiasta de *Viajes*. Todo lo cuenta con un sentimiento de admiración que hace pensar en el deslumbramiento de un chico. No le alcanzan las palabras para describir la emoción producida por el espectáculo de una sociedad en la que ve materializados muchos de sus ideales. “Veinte millones de habitantes, todos educados, leyendo, escribiendo, y gozando de derechos políticos ... en este sentido país ninguno de la tierra cuenta con mayor número de seres racionales.”³ La hipóbole siempre es un componente esencial del estilo sarmientino: “Los Estados Unidos son una cosa sin modelo anterior, una especie de disparate que choca a la primera vista, y frustra la expectación pugnando contra las ideas recibidas, y no obstante este disparate inconcebible es grande y noble, sublime a veces, regular siempre, y con tales muestras de permanencia y de firmeza orgánica se

² *Ibidem*, p. 69.

³ *Ibidem*, p. 363.



Sarmiento hacia 1840, cuando era periodista en Chile.

presenta, que el ridículo se deslizaría sobre su superficie como la impotente bala sobre las duras escamas del caimán.”⁴

Su mirada apenas repara —cuando no los pasa completamente por alto— en los aspectos menos luminosos de esa realidad. Casi no menciona la guerra contra México, que en el momento de su visita estaba en sus etapas finales, y por la que Estados Unidos se apoderaría de más de la mitad del territorio del país vecino. Celebra el prodigioso

avance industrial, y describe con admiración a las operarias de las hilanderías Lowell, bien vestidas y educadas, que en los descansos estudian en la biblioteca del establecimiento. Imagina que todos los norteamericanos poseen un reloj y describe el confort de sus hogares, pero no ve la miseria y suciedad de los barrios obreros (nunca tan terrible como en Europa) ni la condición de los desamparados, y presta poca atención a la esclavitud y la situación de las minorías raciales.

⁴ *Ibidem*, p. 290.

Resulta interesante comparar esta visión con la que otro viajero, el inglés Charles Dickens había ofrecido apenas cinco años antes. En sus *American Notes*, Dickens destacó todos los aspectos brillantes de la sociedad norteamericana, pero no rehuyó la sordidez de algunos sectores. En su descripción de Nueva York alternan las zonas prósperas con las más decaídas; el bullicio de Broadway y la elegancia de los barrios residenciales, con la pobreza del Bowery y la opresión de la cárcel. Así da testimonio de la degradación de la vida en el área de Five Points:⁵

“Este es el lugar: estos pasajes estrechos, que se abren a derecha e izquierda y hieden por todas partes con mugre e inmundicia. Vidas como las que se llevan aquí dan el mismo fruto en todas partes. En las puertas, las caras toscas y abotagadas tienen su contraparte en nuestro país y en todo lo ancho del mundo. El vicio ha hecho envejecer prematuramente hasta las mismas casas. Vean cómo las vigas podridas se están derrumbando, y cómo las ventanas rotas y remendadas parecen mirar de manera turbia, como ojos lastimados en peleas de borrachos. Muchos cerdos viven aquí. ¿Se preguntarán alguna

vez por qué sus amos caminan derechos en lugar de andar en cuatro patas? ¿y por qué hablan en vez de gruñir?”⁶

Para el argentino, en cambio, todo lo que sea bajo o deprimente queda fuera de su registro. Esta representación altamente idealizada se explica en parte por el carácter apasionado de Sarmiento y por el hecho de que encuentra en el vertiginoso progreso de los Estados Unidos la imagen del futuro que anhela para los pueblos de la América del Sur. Tal como lo expresa el texto de Borges citado al comienzo de este capítulo, la prefijación del porvenir condiciona, en buena medida, la percepción del presente.

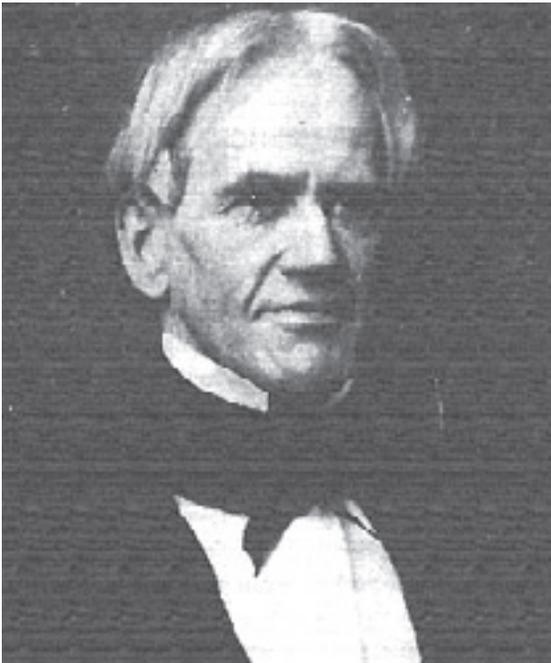
Dentro de esta etapa norteamericana de su viaje, la parte más importante era Boston y toda el área de la Nueva Inglaterra (“Nueva Inglaterra, mi patria de pensamiento desde que la conocí”, escribirá años más tarde) y, dentro de ella, el encuentro con Horace Mann: “El principal objeto de mi viaje era ver a M. Horace Mann, el célebre secretario del *Board* de Instrucción Pública de Massachusetts, el gran reformador de la educación primaria, viajero como yo, en busca de métodos y sistemas por Europa, y hombre que a un fondo inagotable de bondad y de filantropía,

⁵ Escenario de la novela *Gangs of New York*, de Herbert Asbury, y del film del mismo nombre, dirigido por Martín Scorsese.

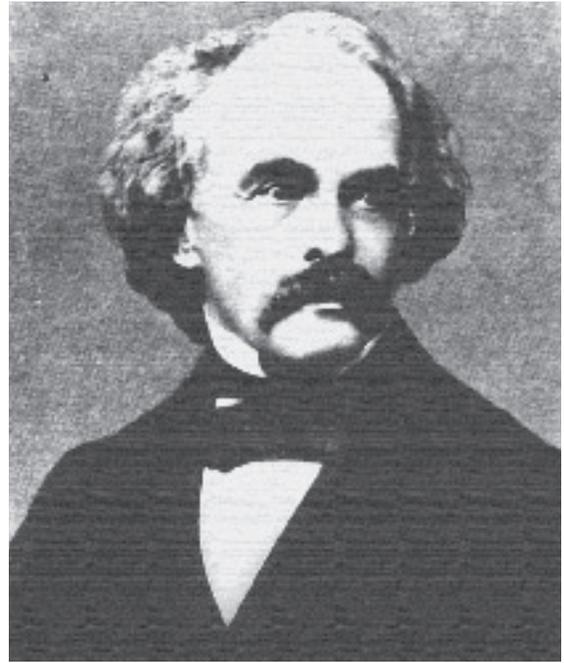
⁶ “This is the place: these narrow ways, diverging to the right and left, and reeking everywhere with dirt and filth. Such lives as are led here, bear the same fruits here as elsewhere. The coarse and bloated faces at the doors, have counterparts at home, and all the wide world over. Debauchery has made the very houses prematurely old. See how the rotten beams are tumbling down, and how the patched and broken windows seem to scowl dimly, like eyes that have been hurt in drunken frays. Many of those pigs live here. Do they ever wonder why their masters walk upright in lieu of going on all-fours? and why they talk instead of grunting?” Charles Dickens, *American Notes for General Circulation* (Revised Edition), Londres, Penguin Classics, 2000. Capítulo VI.



Boston a vuelo de pájaro, 1870.



Horace Mann.



Nathaniel Hawthorne.



Colonnade Row, Boston.

reunía en sus actos y en sus escritos una rara prudencia y un profundo saber.”⁷

EL GOBIERNO DE LOS MEJORES

Por fin Sarmiento se hallaba frente a una sociedad en la que veía la materialización de sus ideales. Con Boston como centro político y cultural, Nueva Inglaterra pasaba por un período de asombroso crecimiento. El comercio marítimo —origen de la llamada “aristocracia del bacalao”— había sido la primera fuente de riqueza, consolidada ahora por el desarrollo de las manufacturas, especialmente las hilanderías que procesaban el algodón proveniente del Sur, formando así una alianza con los dueños de las plantaciones que se rompería más tarde, con el movimiento antiesclavista y la Guerra de Secesión. Los ferrocarriles se extendían rápidamente, completando esa

afortunada estructura productiva. De los seis estados de la región la riqueza fluía a Boston, que disputaba a Nueva York el título de primer puerto comercial de la Unión.

La pujanza económica iba acompañada por un extraordinario desarrollo intelectual. En pocas décadas, gracias a la acción de un grupo de hombres notables, la Universidad de Harvard había logrado ponerse a la altura de las más prestigiosas instituciones europeas de altos estudios. Los movimientos religiosos y filosóficos, el pensamiento político, los estudios históricos, las artes y las investigaciones científicas florecían en un clima estimulante. En todos los estratos sociales había una universal pasión por el saber, y en cada pueblo y cada ciudad se multiplicaban los cursos, en todos los niveles y sobre los temas más diversos. Grupos de especialistas



The Quincy Market, Boston.

⁷ *Viajes*, p. 369.

crearon instituciones como la Sociedad del Conocimiento Útil, la Sociedad de Historia Natural, el Instituto Lowell, la Asociación de Aprendices Mecánicos, la Asociación de la Biblioteca Mercantil.

No sólo los intelectuales, los maestros y los políticos compartían ese apasionado convencimiento sobre la necesidad de enseñar y aprender; también los hombres de negocios apoyaban firmemente la extensión de la enseñanza a todos los sectores de la población, ricos o pobres, hombres y mujeres. En su clásico libro *The Flowering of New England*, escribió Van Wyck Brooks: “Boston, toda Nueva Inglaterra respetaba el saber. A ningún muchacho se le permitía dudar de que estaba destinado a triunfar en la vida si aprendía lo suficiente; y Boston estaba decidido a que los niños y las niñas, y también los ciegos y los insanos tuvieran oportunidad de saber lo suficiente...”⁸

En medio de toda esta efervescencia intelectual, Horace Mann, después de cerrar su despacho de abogado con la frase “que mi cliente sea la próxima generación”, había asumido en 1837 el cargo de secretario de la Junta Estatal de Educación, y desde entonces viajaba continuamente, visitando hasta el más ínfimo villorrio de Massachusetts para formar comités escolares y convenciones de maestros.

ENCUENTRO DE DOS HOMBRES

Nacido en 1796, Horace Mann era quince años mayor que Sarmiento y, como él, había tenido una infancia y adolescencia pobres, con educación irregular, en buena medida como autodidacta. Pero, a diferencia del argentino, logró luego una sólida formación académica, gracias a que pudo ingresar en la universidad Brown (Rhode Island) y más tarde en la Escuela de Leyes de Litchfield. En 1823 inició su práctica legal en Dedham, Massachusetts. Allí, apartándose del severo calvinismo en que había sido criado, pasó a la Iglesia Unitaria, entonces en pleno florecimiento.

Después de un matrimonio que duró menos de dos años (su mujer, hija del presidente de la Universidad Brown, murió de tuberculosis en 1832), Mann decidió instalarse en Boston, donde empezó a frecuentar círculos vinculados con la Iglesia Unitaria.

Entre sus nuevas relaciones estaban las hermanas Peabody. La mayor, Elizabeth, futura iniciadora de los jardines de infantes en Estados Unidos, conmovida por la penosa viudez de Mann, estableció con él un fuerte vínculo espiritual; la segunda, Mary, se enamoró del hombre y lo esperó mientras estuvo hundido en un duelo que parecía interminable; en 1843 se convirtió en su esposa. Un año antes, la menor de las Peabody, Sophia,

⁸ “Boston, all New England respected learning. No New England boy was allowed to question that he was destined to succeed in life, provided he knew enough; and Boston was determined that the boys and girls, and the blind and insane as well, should have an opportunity to know enough...” (Van Wyck Brooks, *The Flowering of New England*, Nueva York, E. P. Dutton & Co., Inc., 1936. P. 174.)



Mary y Horace Mann como recién casados. Silueta por Auguste Edouart, 1843.

se había casado con Nathaniel Hawthorne, por entonces un escritor que empezaba a hacerse conocer, pero que aún no había publicado sus obras más importantes. A partir de su ingreso en la familia, el autor de *Fanshawe* iba a desarrollar con Horace Mann una sólida amistad, a pesar de las diferencias que los separaban en relación con el valor y la importancia de la literatura y, en especial, de las novelas.

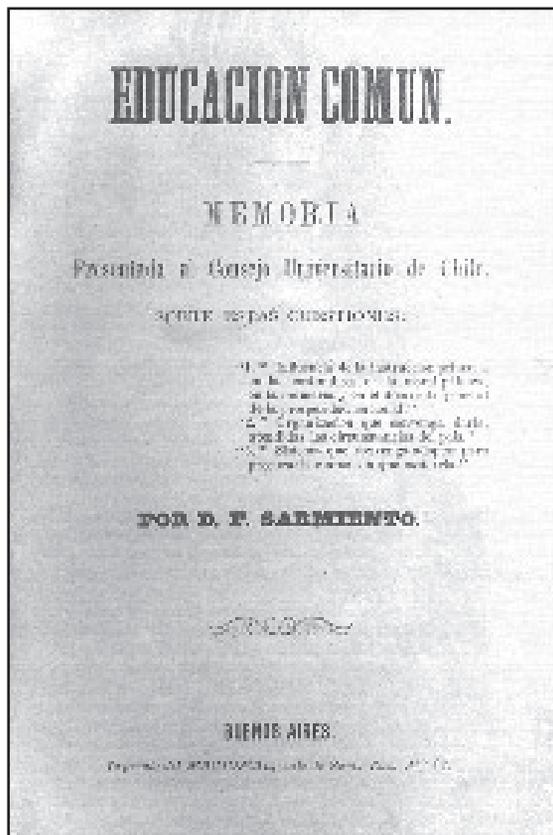
Cuando un argentino desconocido, proveniente de Europa, llegó hasta su casa, Horace Mann era ya un hombre de enorme prestigio y autoridad, y su fama e influencia se extendían fuera de los límites de Nueva Inglaterra. Gracias a su acción como secretario del Consejo de Educación de Massachusetts, las escuelas de ese estado se habían convertido en modelo para el resto del país. Desde 1839 funcionaba en Lexington la primera escuela normal para formación de maestros, de acuerdo con el modelo prusiano, que Mann admiraba, a pesar de sus diferencias con el “excesivo espíritu de aquiescencia” fomentado en Prusia. Se había logrado obtener mayores fondos para financiar las escuelas públicas, lo que permitía mejorar la calidad de los equipos y los sueldos de los docentes. Otro aporte de Mann fue el de fomentar la creación de bibliotecas populares, una iniciativa que Sarmiento habría de asumir en la Argentina

Los informes anuales sobre educación de Horace Mann (doce en total) se hicieron mercedamente famosos. En ellos definió ideas que habrían de tener decisiva influencia en

Sarmiento. Entre otras, la importancia de la educación para el crecimiento económico, y, por lo tanto, el interés de una sociedad en destinar fondos a la instrucción pública; la necesidad de impartir conocimientos prácticos, cuya aplicación pueda redundar en beneficio del individuo y de la comunidad; el valor del sistema escolar prusiano, organizado a partir de teorías pedagógicas modernas; la conveniencia de basar la enseñanza en grandes principios compartidos y al margen de un determinado credo religioso, y la responsabilidad del Estado en cuanto a garantizar el acceso a la educación de todos los niños.

Ante la fuerza de estas ideas, la riqueza de experiencias en que se basaban, y la convicción con que eran expresadas, todas las diferencias entre Mann y Sarmiento quedaban anuladas. Además de los principios fundamentales y de la confianza en el poder transformador de la educación como instrumento para crear un medio social más justo e igualitario, el argentino compartía también el apasionamiento de este norteamericano. Ambos tenían la misma asombrosa energía, la misma capacidad de trabajo; para los dos, adquirir educación era adquirir poder.

Tenían, por supuesto, puntos de vista distintos sobre algunas cuestiones que probablemente ni siquiera llegaron a rozar en ese único encuentro. Mann sentía desconfianza y disgusto ante las obras de ficción. Desaprobaba los cuentos de hadas tanto como las novelas, hasta el punto de lamentar que su cuñado, Hawthorne, malgastara



Memoria presentada por Sarmiento al Consejo Universitario de Chile.

su indudable talento en escribir relatos que no contenían ninguna enseñanza provechosa y podían inducir a errores. Cuando el joven Richard Henry Dana le dio a leer los originales de su relato autobiográfico *Dos años al pie del mástil*, basado en su experiencia como marinero raso en un viaje de Boston a California, pasando por el Cabo

de Hornos, el comentario de Mann fue que la obra —hoy, un clásico de la literatura del mar— podría llegar a ser interesante si reducía las descripciones y agregaba algunas estadísticas y datos sobre el comercio marítimo, para convertirla en un texto útil. Sarmiento era demasiado escritor, demasiado sensual, demasiado artista para pensar de esa manera. Podía extraer enseñanzas de una experiencia estética y descubrir la verdad en una obra de imaginación. Y si bien aconsejó a José Pedro Varela que dejase de pensar en escribir ficciones literarias, también llegó a afirmar que “las novelas han educado a la mayoría de las naciones”; y así como al traducir textos escolares cumplía una misión ineludible, encontraba placer en volcar al castellano una comedia de Musset⁹.

Entre los muchos puntos de coincidencia de los dos hombres, uno sería muy importante como generador de futuros proyectos: la necesidad de dar educación a la mujer y la particular capacidad de las mujeres para enseñar, especialmente a los más pequeños. Mann lo había señalado reiteradamente en sus escritos y Sarmiento iba a expresar muchas veces las mismas ideas. Hoy, su razonamiento de que dar empleo a maestras resulta, entre otras cosas, más barato que contratar hombres, puede escandalizar. Pero se trata de una argumentación acorde con las circunstancias del momento, que en nada afecta lo esencial de su pensamiento.

⁹ *Il Faut Qu'une Porte Soit Ouverte Ou Fermée*. Traducida como “Una puerta debe estar abierta o cerrada”.

Él, que en San Juan había crecido rodeado de mujeres, bajo la guía de su admirada madre y acompañado por sus hermanas, y había después amado mucho a algunas, sabía apreciar como pocos, en su justa medida, las cualidades femeninas.

¿Cómo no iba a quedar deslumbrado, entonces, al observar la formación que las futuras maestras recibían en la escuela crea-

da por Horace Mann? Con el mismo entusiasmo iba a apreciar la independencia de las jóvenes norteamericanas, mientras germinaban en él nuevas ideas, que empezaría a llevar a la práctica años después, cuando, de regreso en la Argentina, tuviera a su cargo las escuelas de la provincia de Buenos Aires, luego la gobernación de San Juan y, más tarde, la presidencia de la República.